

Goya de nuevo

La condesa de Chinchón.

O Goya siempre nuevo, que es lo mismo. Esta es una de las consecuencias extraídas de la Exposición que se celebra en el Casón del Buen Retiro para festejar el Cuarto Centenario de la instalación de la Capitalidad en Madrid. Porque, en efecto, ningún otro artista tiene capacidad tal para sorprendernos. Por mucho que creamos conocerle, siempre que nos enfrentamos con su obra nos deja perplejos, lo que no ocurre con otros pintores, que nos mueven a devota admiración, mas sin producirnos ese choque, ese golpear anímico que nos causa Goya.

Goya diverso, contradictorio, contrario a él mismo, arrepentido y pecador, desconcertante. Todo Goya, su obra, su vida, su pensamiento, su trayectoria humana es un continuo campo de batalla donde se producen los choques más extremos y a veces sin justificación aparente. De tanto verle, de tenerle tan cerca en ese inagotable Museo del Prado, habíamos acabado por acostumbrarnos a sus "salidas de tono", a sus gritos y a sus susurros. Pero ahora, al reunirnos con obras poco conocidas o de acceso difícil, el pasmo nos invade de nuevo.

Goya es siempre un magno espectáculo, hasta en sus fallos. Sus cuadros malos son peores que los de ningún otro pintor de su categoría y los buenos tan óptimos como los que más. Extrañeza. No dar crédito a lo que los ojos están viendo, cómo es posible, a la vez, retratos tan inmejorables y otros tan torpes y desmañados procedentes de la misma mano? Sólo es posible explicárselo considerando a Goya como lo que fué: el pintor más extremado en todo de esta extremada España. El mismo que adulaba a José Bonaparte, cobijándolo bajo la fama y la victoria, narra las escenas más acusadoras contra los franceses invasores. El mismo que enciende a sus modelos como faros de luz femenil, pinta la horrrisona sombra de la vencida y apagada carne.



Rasos y harapos, joyas y mugre, flores y pustulas, cancores y muecas, andrajos y coronas.

Si lo mismo que puede trazarse el gráfico de la fiebre en los procesos infecciosos, trazásemos los altibajos en la obra de Goya, comprobaríamos a qué límites tan opuestos llegó, que descompasado su pulso, que río de montaña fué, unas veces rugiente y otra casi seco. En ningún otro pintor se encuentra una línea de acción tan quebrada, tan impulsiva y que tanto desorienta.

Rayo fulminante y arco iris, vergel y erial, ángel y ángel caído, torrente y remanso. Cuando aún no nos ha dado tiempo de reponernos de un imprevisto nos llegan zumbando los otros, tanto en lo bueno como en lo pésimo. *Subir y bajar* titula a uno de sus grabados de la serie "Los Caprichos"; podría ser éste el lema de su vida y obra toda. Ninguno alcanzó más alturas y más profundidades.

Muchos consideran a Goya sólo como individuo dotado de genialidad, que barre a golpes de pincel toda la superficial y amanerada pintura academicista que se hacía en su época. Pero tanto como de talento natural había de estudio paciente y autoformativo. De que Goya tuvo bien presente a Velázquez no existe la menor duda; las copias que realizó de muchas de las obras del sevillano-madrileño son buen testimonio. Pero también de Zurbarán aprendió la lección de los blancos, de los plegados sayales, del humilde bodegón donde el barro se glorifica con la importancia de un personaje. Bien patente esta lección zurbaranesca en los tres lienzos religiosos que realizó para el convento de Santa Ana de Valladolid y que ahora, por primera vez, pue-

den verse fuera del lugar para donde fueron realizados.

Pero que no se esfuercen en querernos presentar a Goya como pintor religioso considerable y menos como devoto. No lo fué y a los artistas hay que aceptarlos tal como fueron, con sus deficiencias incluidas. Nos hace el efecto de que Goya, cuando realizaba pintura religiosa, lo hacía con timidez, sin atreverse a dejar suelta la impetuosa corriente que dentro le bullía. Aquellos lienzos han de ocupar un sitio determinado en los altares de la devoción y el pintor, respetuoso la mayoría de las veces, tiene en cuenta los sentimientos ajenos antes que los suyos y, consecuente, frena su propensión a dispararse no se sabe por dónde.

Goya, como todo genio de verdad, se adelantó a su época. Pintó para el presente, pero aún más para el futuro. Muchas de sus conquistas estéticas sólo han sido comprendidas muchos años después. Una intensísima vida en un mundo de crisis, en el que tantas cosas se hundían. Testigo de la convulsión del mundo en un punto álgido, inquieto e inquiriendo hasta el final. Saboreó todo lo que de miel y de amargor tiene la vida; dejó fiel constancia.

En última síntesis podría representarse a España en la figura de un violento y opuesto rueda, la mitad luz y la mitad penumbra; la mitad exacta sol, la mitad exacta sombra. Y en el centro de ese círculo (símbolo de la totalidad) un hombre sólo: Francisco de Goya: Nadie como él supo de las policromías de esa luz de alegres centelleos. Nadie como él entrevió, adivinó algo del misterio de la oscuridad, poblada de monstruos y visiones terroríficas.



"El garrotillo". Uno de los cuadros de Goya en los que la ferocidad es bien patente.